

Preámbulo

Escribir lo que puede parecer una diatriba contra el modo de hacer periodismo en nuestros días —o más exactamente contra ciertos modos—, no es tarea sencilla cuando aún se ejerce la profesión. En un medio corporativista y con cierto complejo de superioridad como el nuestro, se corre el riesgo de ser considerado cómplice o agente infiltrado de esos nebulosos enemigos de la sagrada libertad de expresión a los que siempre acusamos de intentar «meter en cintura» definitivamente a la aguerrida tropa de los informadores.

El riesgo aumenta cuando las páginas que siguen pretenden no sólo contener una serie de reflexiones teóricas más o menos válidas —que ya vienen realizando con brillantez algunos intelectuales tanto fuera como dentro de nuestro país—, sino además ilustrar con hechos noticiosos concretos y fechados aquello que se critica.

Los medios que aparecerán citados en la serie de señalamientos de malas prácticas profesionales que aquí se van a pretender inventariar, dudo que me consideren en adelante un amigo y potencial futuro colaborador.

Pero creo servir más y mejor a una profesión que amo, y que me ha proporcionado algunos de los mejores momentos de mi vida, hablando de los desafíos que tiene por delante —la recuperación del respeto escrupuloso por la verdad y el alejamiento del empobrecedor tópico, por

encima de todo— más que glosando sus glorias, labor ésta ya con suficientes apóstoles.

Afortunadamente, algo se está moviendo en la cerrada atmósfera del periodismo: la crítica a la labor de los medios parece ser uno de los terrenos del ensayo donde mejores pensadores surgen. En su modestia, lo que sigue pretende ser un aporte más en esta línea de corte regeneracionista.

Abierto también al público en general, este libro quiere ser también una llamada de advertencia al lector/oyente/telespectador en el sentido de que, desgraciadamente, no conviene creer a pies juntillas todo lo que nos trasladan los medios de comunicación. El proceso informativo, la génesis y concreción de una noticia, es muy a menudo una tarea sometida a la tiranía del reloj y por ello altamente expuesta al error fruto del apresuramiento, pero también, y con más frecuencia de lo deseable, un proceloso sendero donde partes sensibles del traje de la verdad van quedando hechas jirones en sucesivos obstáculos, trampas, atajos y reelaboraciones. A menudo el periodista opta por sobrevolar cómodamente esa jungla, en vez de abrirse paso a machetazos, tarea obviamente más costosa y complicada.

En paralelo con la multiplicación de los medios sobrevenida en los últimos años, cada vez más las noticias son reelaboraciones de una misma versión, a menudo ejecutadas por profesionales demasiado jóvenes o mal pagados, que no se toman la molestia de verificar si las cosas han sido realmente como figuran en la primera transmisión, o no asumen el riesgo de contradecir con una voz propia la primera versión publicada, oficial u oficiosa.

He pretendido señalar algunos de los defectos y desviaciones que han convertido al periodismo en una de las profesiones más controvertidas —objeto ya de abierta

burla en algunas películas norteamericanas contemporáneas—, con un índice de estima popular que, aunque se mantiene todavía a un nivel aceptable, parece caminar en una línea descendente. Si las páginas que siguen contribuyen también al debate autocrítico que se va abriendo camino entre los profesionales, el autor se sentirá doblemente satisfecho.